

# La muerte borgeana de Borges

Cuando en junio del 86 la muerte de Borges llenó páginas de todos los diarios, hubo una frase que se incluyó obligadamente en la noticia: «Vuelvo a Ginebra —había dicho poco antes— porque es el sitio donde he sido feliz». Una declaración solemne que venía a corregir otras palabras, igualmente solemnes, dichas por un hombre ya viejo que había terminado aceptando con escepticismo su propia vida:

He cometido el peor de los pecados  
que un hombre puede cometer.  
No he sido feliz.

No intento, con estos versos, señalar una contradicción, ya que son dos declaraciones que se dan la mano: al contarnos su felicidad en Ginebra, menciona, por oposición, la falta de felicidad del resto de su vida; palabras que muestran sin disimulo una melancolía. Se trataba, en realidad, de la repetida historia de un hombre que, ya viejo, revisa los fantasmas de su vida y encuentra distintas razones para hacer el obligado ajuste de cuentas consigo mismo. Razones ambiguas que se confunden entre sí y terminan siendo una sola: al fin de cuentas, haber sido feliz, o no haber sido, son dos exageraciones que se complementan.

En esos mismos días de la muerte de Borges, encontré en una vieja librería de Madrid un ejemplar de la *Exposición de la Actual Poesía Argentina* publicada en 1927 por Pedro Juan Vignale y César Tiempo, una célebre y útil antología que recogía la poesía joven de principios de siglo. Allí Borges, con sus 28 años, ya se preguntaba por la fundación mitológica de Buenos Aires, y lo hacía con versos que, corregidos posteriormente, no han entrado en la historia de la literatura sino de la curiosidad literaria: «¿Y fue por este río con traza de quillango / que doce naos vinieron a fundarme la patria?». Pero no era en las modificaciones, que después arreciaron en su obra, donde estaba en ese momento el interés principal del hallazgo, sino en un curioso juego del azar que venía a desmentir su reciente rememoración de felicidad en

Ginebra. Por norma de la antología, cada autor se presentaba a sí mismo, y Borges comentaba entonces: «La época de la guerra la pasé en Ginebra, época sin salida, apretada, hecha de garúas y que recordaré siempre con algún odio».

Aquí, sí, creí ver que la contradicción saltaba a la vista porque no se trataba de una declaración genérica de infelicidad, como en los versos transcritos, sino de una opinión centrada concretamente sobre su vida en Ginebra. Una contradicción que me pareció violenta porque era el joven Borges quien llegaba un poco brutalmente a discutir con el anciano, y lo hacía, al menos para mí, precisamente cuando éste acababa de morir poco menos que con su otra afirmación (la de una felicidad remota y tal vez recuperable) acariciándole el alma. Era como si el joven viniera a desengañar al viejo, diciéndole que tampoco allí, ni entonces, había sido feliz; a confirmarle su pecado confesado en los versos.

Con alguna obviedad, me acordé de que «cómo a nuestro parecer / cualquiera tiempo pasado / fue mejor». Y me acordé también de que en una entrevista que le hice hace años, José Bergamín, protestón y atinado, refiriéndose a su propia vida, recordaba que Unamuno, comentando el poema de Manrique, decía: «no es cierto que cualquier tiempo pasado fue mejor, lo cierto es que cualquier tiempo pasado es mejor, porque entonces, cuando *fue*, era peor, como siempre».

Esta primera interpretación, sin embargo, al menos con el retoque que Unamuno había incluido en el poema de Manrique, me pareció alejada de la sensibilidad de Borges. Ni Borges era vasco, ni tenía, como Unamuno, esa variante de la pasión que Lope de Vega describió como «la cólera del español sentado». *Es o fue*, aun siendo cierto, no agotaba para mí la cuestión porque tendía a reducirla a mera anécdota y le quitaba la posibilidad de una indagación más cercana al código borgeano.

Entre todas las frases de Borges que se citan diariamente, hay una (que se cita menos, pues no es ni *boutade* ni paradoja) que transcribo porque viene al caso: «La mejor relación que se puede tener con una ciudad —dijo alguna vez— es la nostalgia». Lo primero que se advierte en esta frase es su proverbial desconfianza por lo que conocemos como realidad. Borges no era un romántico, al menos en la acepción habitual de esta palabra, que apelaba a la distancia para soñar desmayadamente con el objeto amado, ni creo que postulara el «regreso doloroso» que insinúa etimológicamente la palabra nostalgia. Se trataba pues (y esta vez, sí, borgeanamente en sentido estricto) de poner entre él y una ciudad (Buenos Aires, por ejemplo; o Ginebra) un tejido representativo de arquetipos, de modo que la nostalgia pudiera remitirse a una zona donde la realidad, ya inmóvil y desactivada, fuese añorada como él sabía hacerlo, con palabras y símbolos. No niego, ni puedo hacerlo, la carga afectiva de sus preferencias, sino que la reafirmo, traducida a la percepción inalterable del mundo que él mismo nos enseña. Realidad y ficción son dos extremos que conviven en un sistema cerrado y, hasta donde esto es posible, perfecto; sólo que el primer extremo es descon fiable y el segundo no. Una frase de Chesterton celebrada por Borges dice que la realidad es más rica que la ficción por una razón de jerarquía evidente: la ficción

es un producto humano mientras que a la realidad la crea Dios. Sospecho que Borges rescataba esta idea por sus aspectos humorísticos, más que por los teológicos, porque le servía para decir lo contrario: realidad y ficción conviven, se interfieren e influyen, pero sólo se puede vivir (y ser feliz) en la segunda; es decir que, revisando aquella frase, Borges no cree en la jerarquía de Chesterton, o al menos no le sirve para la vida diaria: la ficción es más rica que la realidad precisamente porque prescinde de ésta. «Vida y muerte le han faltado a mi vida» es una de sus difundidas confesiones, y, si es posible advertir también aquí una nostalgia, lo que ciertamente encubre es una opción. La verdadera riqueza, la variedad más activa, la ha encontrado, como se sabe por él mismo, en libros, laberintos, espejos y, por fin, arquetipos, un mundo fijo y más seguro que él mismo se ha tomado el trabajo de crear. El es —nos dice— el que en la vana noche cuenta las sílabas; o, lo que es lo mismo, el que sueña el mundo con palabras. Y si el mundo finalmente es real, lo es «desgraciadamente»; del mismo modo que él, para él mismo, desgraciadamente es Borges.

Estas son, someramente expuestas, las conocidas categorías que le sirvieron para construir su obra. No encuentro razones para no llevarlas también a su vida, una simple trasposición perfectamente lícita ya que en ambos casos se definen las mismas obsesiones. ¿Qué es, entonces, Ginebra para Borges? Deduzco que, por lo menos, dos cosas: realidad y ficción. Cuando en 1927 escribía para la *Exposición de la Actual Poesía Argentina*, Ginebra era todavía una ciudad tan real y concreta como los ladrillos de sus casas y el olor de sus comidas, y estaba abrumada por garúas y por la cercanía de una guerra; todavía formaba parte de la versión más vulgar y discutible de «realidad» y, por lo tanto, era (o podía ser) horrible: aún pertenecía a esa proximidad tangible que se puede recordar con algún odio. Pero sesenta años después, la ciudad había cedido paso a una construcción bastante parecida a ella, pero fundamentalmente distinta, que se diferenciaba de la otra por la materia de que estaba hecha: materia de los sueños, cara inmóvil de lo mismo, arquetipo de lo otro. En 1986, Ginebra había dejado de ser una ciudad para transformarse en una ficción incorporada a la inmensa cadena de símbolos y referencias abstractas; una cadena que Borges juzgó siempre más rica y abarcadora, y donde podía estar el sitio de la felicidad. Ginebra ya era, pues, un lugar apto para recogerse cuando (ya desvinculado para siempre de la realidad) llegara el momento de morir.

**Santiago Sylvester**

